

y saca en limpio las conclusiones y verdades, y hacer como un epílogo de ellas: y hase de tener por de tanta importancia este exámen, que cuando uno no tuviese tiempo para hacerlo despues de la oracion, le debe hacer en la misma oracion al fin de ella.

Podemos añadir aquí otro punto, y es que será muy buen consejo apuntar uno lo que saca de la oracion, escribiendo, no á la larga, sino brevemente, los deseos y propósitos que saca de ella, y tambien algunas verdades, é ilustraciones, ó desengaños que el Señor suele allí dar, unas veces acerca de algunas virtudes, otras acerca de los mismos misterios que se meditan: y así leemos que lo usaron nuestros primeros Padres, nuestro Padre san Ignacio, el P. Pedro Fabro, y tenemos algunas cosas suyas, que escribieron de esto: y el Padre san Francisco Javier aconsejaba tambien lo mismo (1), como leemos en su vida: y en el Directorio de los ejercicios se nos pone tambien este aviso; y nuestro Padre general Claudio Aquaviva, en las industrias que escribió tratando de la oracion, encomienda esto. Y fuera de que con esto se perficionan mas los propósitos y deseos, y se arraigan mas en el corazon, tenemos experiencia que se aprovecha uno mucho despues de leer

(1) Lib. 6, cap. 13 vit. P. Franc. Xavier, cap. 2 et 4; Direct. exerc. spirit.; Claud. Aquav. in industria curand. animæ morb. part. 3, cap. 23.

estas cosas; porque como han sido propias, y las ha uno sentido como tales, muévenle despues mas que otras, y fácilmente se torna á actuar en ellas; y cuando ve que despues no llega á aquello, confúndese de que no es tal, cual entonces era, y que en lugar de ir adelante, vuelve atrás; de manera que, ó se anima á llevar adelante aquello, ó á lo menos suple con confusion lo que le falta de perfeccion: y así siempre suele ser esto de mucho provecho, pero particularmente lo es en tiempo de ejercicios.

#### CAPÍTULO XXVIII.

*De la leccion espiritual, cuán importante sea, y de algunos medios que nos ayudarán á tenerla bien y provechosamente.*

La leccion es hermana de la oracion, y grande ayudadora en ella: y así aconseja el apóstol san Pablo á su discípulo Timoteo, que atienda á ella: *Attende lectioni*. I ad Tim. iv. Es de tanta importancia esta leccion espiritual para el que trata de servir á Dios, que dice san Atanasio en una exhortacion que hace á los religiosos: *Sine legendi studio neminem ad Deum intentum videas*: No veréis á nadie que trate de veras de su aprovechamiento, que no sea dado á la leccion espiritual: y el que

la dejare, presto se le echará de ver en su aprovechamiento. San Jerónimo en la epist. ad Eustochium, encomendándole mucho que se diese á esta sagrada leccion, dice: *Tenenti codicem somnus obrepit, et cadentem faciem pagina sancta suscipiat*: Tómeme el sueño leyendo, y cuando vencida del sueño cabeceares, caiga tu cabeza sobre el libro santo. Todos los Santos encomiendan mucho esta leccion espiritual, y la experiencia nos muestra bien de cuánto provecho sea; pues tenemos llenas las historias de conversiones grandes que ha obrado el Señor por ese camino.

Por ser esta leccion un medio tan principal y tan importante para nuestro aprovechamiento, los instituidores de las Religiones, fundados en la doctrina del Apóstol, y en la autoridad y experiencia de los Santos, vinieron á ordenar que sus religiosos tuviesen cada dia leccion espiritual. Del bienaventurado san Benito, dice Umberto (1), que ordenó que cada dia hubiese tiempo señalado para esta leccion; y juntamente ordenó que en el tiempo de ella dos de los monjes mas antiguos anduviesen visitando el monasterio á ver si alguno la dejaba, ó impedía á los otros. Por donde se verá cuánto caso hacia de ella; y de camino tambien se entenderá, que estas visitas que se usan hacer acá en la Religion cada dia en los ejercicios es-

(1) Umbert. in Prolog.

pirituales están fundadas en la doctrina y experiencia de los Santos antiguos. Y por la primera y segunda vez mandaba el Santo que el tal fuese corregido blandamente; pero si no se enmendaba, que le corrigiesen y diesen penitencia de tal manera, que los demás temiesen y escarmentasen. En la Compañía tenemos regla de esta leccion espiritual, que dice (1): «Todos cada dia dos veces den el tiempo que les fuere señalado al exámen de su conciencia, y á la oracion, meditacion y leccion con toda diligencia en el Señor.» Y el superior y el prefecto de las cosas espirituales tienen cuidado que cada uno depute siempre algun tiempo para esto. Y generalmente es este un medio muy usado de todos los que tratan de virtud y perfeccion: y así, para que todos le ejerciten con mas fruto, dirémos aquí algunas cosas que ayudarán para ello.

San Ambrosio, exhortando á que todo el tiempo que pudiéremos nos demos á la oracion y á la leccion espiritual, dice: *Cur non illa tempora, quibus ab Ecclesia vacas, lectioni impendas? Cur non Christum revisas, Christum alloquaris, Christum audias? Illum alloquimur, cum oramus, illum audimus, cum divina legimus oracula*. Lib. 1 officior. cap. 20. ¿Por qué el tiempo que teneis desocupado no lo empleais en la leccion ó en la oracion? ¿Por qué no os vais á vi-

(1) Reg. 1 communium.

sitar á Cristo nuestro Señor, y á hablar con él y oírle? Porque cuando oramos, dice, hablamos con Dios, y cuando leemos, oímos á Dios. Pues este sea el primer medio para aprovecharnos de la leccion espiritual, que hagamos cuenta que Dios está hablando con nosotros, y nós dice aquello que allí leemos.

San Agustin pone tambien este medio: *Ita Scripturas sanctas lege, ut semper memineris, Dei illa verba esse, qui legem suam non solum sciri, sed etiam impleri, jubet.* Epist. 143 ad Demetr. virgin. Cuando leyeres, has de hacer cuenta que Dios te está diciendo aquello que lees, no solo para que lo sepas, sino para que lo cumplas y pongas por obra.

Y añade otra consideracion muy buena y devota: *Divina Scriptura quasi littera de patria nostra sunt.* Serm. 66 ad frat. in erem. ¿Sabeis, dice, cómo tenemos de leer las santas Escrituras? Como quien lee unas cartas que le han venido de su tierra, á ver qué nuevas tenemos del cielo, qué nos dicen de allá de nuestra patria, donde tenemos á nuestros padres y hermanos, y á nuestros amigos y conocidos, y á donde estamos deseando y suspirando por ir allá.

San Gregorio tratando de esto en el lib. 2, cap. 1 de los Morales, dice, que la sagrada Escritura, y lo mismo podemos entender de cualquiera otra leccion espiritual, es como ponernos un espejo delante de los ojos del alma para que en

él veamos nuestro interior; porque ahí conocemos y echamos de ver lo bueno y lo malo que tenemos, y cuánto aprovechamos, ó cuán léjos vamos de la perfeccion: y cuéntansenos allí algunas veces los hechos admirables de los Santos para animarnos á imitarlos, y para que, viendo sus grandes victorias y triunfos, no desmayemos en las tentaciones y trabajos; y otras veces no solo se cuentan sus virtudes, sino tambien sus caidas, para que con lo uno sepamos lo que tenemos de imitar, y con lo otro lo que tenemos de temer: y así se nos pone delante unas veces un Job, que creció como espuma con la tentacion, y otras veces un David, que fue derribado con ella; para que aquello nos anime y dé confianza en medio de las tribulaciones, y esto otro nos haga humildes y temerosos en medio de las prosperidades y consolaciones, y nos haga nunca fiar ni asegurarnos de nosotros mismos, sino andar siempre con gran cautela y recato. Y así dice san Agustin: *Optime uteris lectione divina, si tibi eam adhibeas speculi vice, ut ibi velut ad imaginem suam anima respiciat, et vel feda quæque corrigat, vel pulchra plus ornet.* Epistola 143 ad virgin. Demetr. Entonces usas bien de la leccion de las Escrituras santas, cuando las tomas como espejo en que se mira tu alma, procurando corregir y quitar lo feo y malo que allí se reprehende, y adornarla y hermosarla

con los ejemplos y virtudes que allí lees.

Pero descendiendo mas en particular al modo que tenemos de tener en esto, se ha de notar, que para que esta leccion sea provechosa, no ha de ser apresurada ni de corrida, como quien lee historia, sino muy sosegada y atenta: porque así como el agua riega y el turbion no cala ni fertiliza la tierra, sino la mollizna mansa; así para que la leccion entre y se embeba mas en el corazon, es menester que el modo de leer sea con páusa y con ponderacion: y es bueno cuando hallamos algun paso devoto detenernos en él un poco mas, y hacer allí una como estacion, pensando lo que se ha leído, procurando mover y aficionar la voluntad, al modo que lo hacemos en la meditacion; aunque en la meditacion se hace eso mas de espacio, deteniéndonos mas en las cosas, rumiándolas y digiriéndolas mas; pero tambien se debe hacer esto en su modo en la leccion espiritual, y así lo aconsejan los Santos (1), y dicen, que la leccion espiritual ha de ser co-

(1) Bernardus, epistol. seu tractat. ad frat. de mont. Dei: Hauriendus est sæpe de lectionis serie affectus, et formanda oratio, quæ lectionem interrumpat, et non tam impediatur, interrumpendo, quam puriorem continuo animam ad intelligentiam lectionis restituat. Et in Specul. Monach.: Semper ad oratorium est eundum, sed in ipsa lectione poterit contemplari, et orare. Idem S. Ephrem, serm. 7; Chrysostom. homil. 29 super Genes.; August. serm. 38 ad frat. in erem.

mo el beber de la gallina, que bebe un poco, y luego levanta la cabeza, y torna á beber otro poco, y torna á levantar la cabeza.

En lo cual se ve cuán hermana y compañera sea la leccion de la oracion; es lo tanto, que cuando queremos poner de nuevo á alguno en oracion mental, y nos queremos ir poco á poco con él, por pedirlo así la disposicion de la persona, le aconsejamos primero, que lea algunos libros devotos, yendo en la leccion haciendo sus estaciones y paradas, de la manera que tenemos dicho; porque por aquí les suele muchas veces el Señor levantar al ejercicio de la oracion mental. Y tambien á otros, cuando no pueden entrar en la oracion, ni les parece que pueden hacer nada en ella, les suelen aconsejar que tomen algun buen libro, y junten en uno la oracion con la leccion, leyendo un poco, meditando y teniendo oracion sobre ello, y luego otro poco: porque de esta manera, yendo así atado el entendimiento á las palabras de la leccion, no tiene tanto lugar para derramarse en diversas imaginaciones y pensamientos, como cuando está libre y suelto: de manera que en la leccion podemos tambien tener oracion.

Por esto los Santos encomiendan tanto la leccion espiritual, que dicen de ella casi las mismas alabanzas y bienes que de la oracion; porque dicen que es manjar espiritual del alma, que la hace fuerte

y constante contra las tentaciones, que cria en ella buenos pensamientos y deseos del cielo, que da luz á nuestro entendimiento, que inflama y enciende nuestra voluntad, que quita las tristezas del siglo y causa una alegría verdadera, espiritual y segun Dios, y otras cosas semejantes.

El bienaventurado san Bernardo da otra advertencia para aprovecharnos de la leccion espiritual, y dice: *Si ad legendum accedat, non tam querat scientiam, quam saporrem.* In Specul. Monach. El que se llega á leer, no busque tanto el saber, cuanto el sabor y gusto de la voluntad; porque solo el saber del entendimiento es cosa seca, si no se aplica á la voluntad, de manera que se vaya cebando el afecto, y conservando la devocion, que es lo que hace jugosa y fructuosa la leccion, y es el fin de ella. Esta es una advertencia muy principal; porque hay mucha diferencia de leer para saber, y de leer para aprovecharse: de leer para otros, ó para sí; porque lo primero es estudiar, y lo segundo leccion espiritual: y así si cuando leéis poneis los ojos en saber cosas, ó en sacar que poder despues predicar y decir á otros; ese será estudio para otros, y no leccion espiritual para vuestro aprovechamiento: para aquello hay otros tiempos: *Omnia tempus habent.* Eccles. III. Cada cosa tiene su tiempo: el tiempo de la leccion espiritual no es para eso, sino para lo que habemos dicho.

Tambien encomiendan aquí los Santos (1) por la misma razon, que no lea uno de una vez muchas cosas, ni pase muchas horas; porque no canse el espíritu con la prolija leccion en lugar de recrearle; que es otro aviso muy bueno y muy necesario para algunos, que parece que ponen su felicidad en leer mucho, y pasar muchos libros: así como no sustenta al cuerpo el mucho comer, sino la buena digestion de lo que se ha comido; así tampoco sustenta al alma el leer mucho, sino el rumiar y digerir bien lo que se leyere. Por la misma causa dicen tambien, que la leccion espiritual no ha de ser de cosas dificultosas, sino de cosas llanas y mas devotas que dificiles; porque las dificultades suelen fatigar y secar la devocion. Hugo de San Víctor (2) trae un ejemplo de un siervo de Dios, que por revelacion fue amonestado que dejase la leccion de estas cosas, y leyese las vidas y martirios de los Santos, y otras cosas llanas y devotas, con lo cual aprovechó mucho.

Dice san Bernardo: *Sed et de quotidiana lectione aliquid quotidie in ventrem memoriæ dimittendum est, quod fidelius digeretur, et rursus revocatum, crebrius rumi-*

(1) S. Ephrem, serm. 7; Bernard. epist. ad frat. de monte Dei diffic. Diffusa etiam lectio Scripturæ fatigat, non reficit teneriorem animum, frangit intentionem, hebetat sensum, vel ingenium.

(2) Hug. de S. Vict. lib. 5 erudit. didascalice, cap. 7.

*netur, quod proposito conveniat, quod intentioni proficiat, quod detineat animam, ut aliena cogitare non libeat.* Epist. seu tract. ad frat. de monte Dei. Siempre de lo que leemos habemos de guardar algo en la memoria, para rumiarlo y digerirlo despues mejor: especialmente lo que vemos que nos podrá ayudar mas á lo que habemos menester, y para andar pensando entre dia en cosas buenas y santas, y no en cosas impertinentes y vanas. Así como no comemos el manjar corporal para gastar aquel espacio de tiempo en eso, sino para que en virtud de aquel mantenimiento que entonces tomamos, podamos trabajar todo el dia y toda la vida; así tambien la leccion, que es manjar y mantenimiento espiritual de nuestra alma, porque son palabras de Dios, no es solamente para gastar bien aquel tiempo que leemos, sino para aprovecharnos de ella despues entre dia. Tambien será muy bueno, y nos ayudará mucho para todo, antes que comencemos á leer, levantar el corazon á Dios, y pedirle gracia, para que sea con provecho, y que se nos vaya embebiendo y arraigando en el corazon lo que leyéremos, y quedemos mas aficionados á la virtud, y mas desengañados y resueltos en lo que nos conviene; y así leemos del bienaventurado san Gregorio, que antes de la leccion se preparaba siempre con oracion, y solia decir aquel verso: *Declinate à me, maligni, et scruta-*

*bor mandata Dei mei.* Psalm. CXVIII. Apartaos de mí, espíritus malignos, y consideraré la ley y mandamientos de Dios.

Para que estimemos mas esta leccion, y nos animemos mas á ello, van comparando los Santos la leccion espiritual con el oír la palabra de Dios; y dicen, que aunque la leccion no tiene la energía que tiene la viva voz, tiene otras comodidades que no tienen los sermones; porque lo primero, al predicador no le puede uno haber tan á la mano y á todos tiempos, como al libro bueno: lo segundo, lo bien dicho en un predicador pásaseme de largo, y así no hace tanto efecto en mí; pero lo bien dicho en un libro, puedo revolver sobre ello una y muchas veces, rumiarlo y ponderarlo, y así hacer mayor presa en ello: lo tercero, en el buen libro tengo un consejero bueno y libre; porque, como dijo bien el otro filósofo (1), lo que no me osa á veces decir el amigo ó el consejero, me lo dice el libro sin miedo, avisándome de mis vicios y defectos, y riéndome y exhortándome: lo cuarto, con la leccion estoy conversando con aquellos que escribieron el libro: unas veces os podeis ir á tener un rato de conversacion con san Bernardo, otras con san Gregorio, otras con san Basilio, otras con san Crisóstomo, y estar oyendo y escuchando lo que os dicen,

(1) Demetrius Phaler.

como si entonces fuérais discípulo suyo; y así dicen, y con mucha razon, que los libros buenos son un tesoro público, por los bienes y riquezas grandes que de ellos podemos sacar. Finalmente son tantos los bienes y provechos que se siguen de la leccion espiritual, que san Jerónimo (1), tratando del incendio interior del alma, pregunta, ¿dónde está este incendio? Y responde, no hay duda sino que está en las Escrituras sagradas, con cuya leccion se enciende el alma en Dios, y queda purificada de todos los vicios: y trae para esto aquello que dijeron los discípulos, cuando yendo al castillo de Emmaús les apareció Cristo nuestro Señor en forma de peregrino, é iba hablando con ellos de las santas Escrituras: *Nonne cor nostrum ardens erat in vobis, cum loqueretur in via, et aperiret nobis Scripturas?* ¿Por ventura no estaba encendido y ardiendo nuestro corazon, cuando por el camino nos iba hablando y declarando las Escrituras? Y trae tambien aquello del Profeta: *Eloquia Domini, eloquia casta, argentum igne examinatum*: Las palabras del Señor son palabras castas y puras, como plata purificada con el fuego. Y san Ambrosio dice: «que la leccion sagrada sea vida del alma,» el Señor lo dice: *Quod autem sacrarum litterarum lectio vita sit, Dominus testatur, dicens Joannes,*

(1) Hieronymus, epistol. ad Damasum Papam.

c. vi: *Verba, quæ ego locutus sum vobis, spiritus, et vita sunt.* Sermón 35. Las palabras que yo os he hablado, son espíritu y vida. Pues para que vivamos vida espiritual, y andemos siempre en espíritu, y encendidos é inflamados en amor de Dios, démonos mucho á esta sagrada leccion, y usemos de la manera que habemos dicho.

Muchos ejemplos pudiéramos traer en confirmacion de los bienes y provechos grandes que se siguen de esta leccion; pero solamente traeré uno de san Agustín (1), que contiene mucha doctrina. Cuenta el Santo, que un caballero de África, llamado Poticiano, viniéndole á visitar un dia, le dió nuevas de las maravillas que por el mundo se decian del bienaventurado san Antonio; y añadió mas, que una tarde, estando el emperador en la ciudad de Tréveris ocupado en ver ciertos juegos públicos que allí se hacian, él con otros tres cortesanos amigos suyos se salieron á pasear por el campo, y los dos de ellos se apartaron á una celda de un monje, y hallando allí un libro en que estaba escrita la vida de san Antonio, comenzó uno de ellos á leer por ella, y súbitamente se encendió su corazon con un amor santo; y enojado consigo mismo, dijo al amigo: Dime, ruégote, ¿qué es lo que pretendemos alcanzar con todos nuestros trabajos en que andamos tantos años há

(1) August. lib. 8 Confess. cap. 8.

peleando en tantas guerras? ¿Por ventura podemos venir á mejor fortuna en palacio, que á ser privados del emperador? Pues en este estado, ¿qué cosa hay que no sea quebradiza y de gran peligro? ¿Y á este tan gran peligro, por cuántos otros peligros caminamos? Mas si quiero ser amigo de Dios, luego lo puedo ser. Diciendo estas palabras turbado con el parto de la nueva vida, volvía los ojos al libro, y mudábase de dentro, y despedíase de las cosas mundanas, segun que luego pareció; porque despues que acabó de leer, y se levantaron muchas olas en su corazon, con un gran gemido dijo á su amigo: Ya yo estoy quieto y descansado, y he dado de mano á nuestras esperanzas, y tengo determinado de servir á Dios, y desde esta hora me quedo en este lugar; tú, si no quieres imitarme, no quieras estorbarme. Respondió el otro, que él no podia apartarse de él, ni dejar de tenerle compañía con la esperanza de tan gran paga; y así comenzaron ambos á levantar el edificio espiritual, y seguir á Cristo con suficientes expensas, que era con dejar todas las cosas; y lo que no es menos de maravillar, ambos tenian sus esposas, las cuales cuando esto supieron, se consagraron á Dios, é hicieron voto de virginidad. Esto refiere san Agustín, y fue para él de tan grande eficacia este ejemplo, que dió luego voces á un amigo suyo con mucha turbacion, diciendo: ¿Qué hacemos?

¿Qué es esto que habeis oido? *Surgunt indocti, et rapiunt Regnum Dei; et nos cum nostris litteris demergimur in profundum*: Levántanse los ignorantes, y roban el reino de los cielos; y nosotros con nuestras letras andamos sumidos en el profundo. Con esta alteracion y sentimiento, dice el Santo que se entró en un huerto que allí tenia, y se dejó caer debajo de una higuera, y soltando las riendas á las lágrimas, con grande angustia y turbacion de su corazon, comenzó á decir: ¿Y tú, Señor, hasta cuándo, hasta cuándo estarás enojado? ¿No ha de tener fin tu ira? No te acuerdes, Señor, de nuestras maldades antiguas. Y tornaba á repetir estas palabras: ¿Hasta cuándo, hasta cuándo? Mañana, mañana. ¿Por qué no ahora? ¿Por qué no se dará hoy fin á mis torpezas? Y diciendo esto con un gran sentimiento oyó una voz que le dijo: *toma, lee, toma, lee*. Entonces dice que se levantó para tomar un libro sagrado que cerca de sí tenia, para leer por él; porque habia oido del mismo Antonio, que de una leccion del Evangelio (1) que acaso oyó, la cual decia: Vé, y vende todo lo que tienes, y dalo á pobres, y ven, y sígueme, y tendrás un tesoro en el cielo; se habia determinado á dejar todas las cosas, y seguir á Cristo nuestro Señor. Pues movido él con este ejemplo, y mas con la voz que

(1) Matth. XIX.

había oído, dice, que tomó el libro, y comenzó á leer por él; y allí le infundió Dios una tan grande luz, que dejadas todas las cosas del mundo, se entregó del todo á servirle.

## TRATADO SEXTO.

### DE LA PRESENCIA DE DIOS.

#### CAPÍTULO I.

*De la excelencia de este ejercicio, y de los bienes grandes que hay en él.*

*Querite Dominum, et confirmamini: querite faciem ejus semper.* Psalm. CIV. Buscad á Dios con fortaleza y perseverancia, dice el profeta David: buscad siempre su faz. La faz del Señor dice san Agustín (1) que es la presencia del Señor; y así buscar la faz del Señor siempre, es andar siempre en su presencia, convirtiéndolo el corazón á él con deseo y con amor. Esiquio en la centuria última (tráelo también san Buenaventura) (2) dice, que andar siempre en este ejercicio de la presencia de Dios, es comenzar á ser acá bienaventurados; porque la bienaventuranza de los Santos consiste en ver á Dios perpétuamente, sin jamás perderle de vista. Pues

(1) August. sup. Psalm. CIV.

(2) Bonav. tom. 2, opusc. lib. 2 de prof. Relig. cap. 20.

ya que en esta vida no podemos ver á Dios claramente, ni como él es, porque eso es propio de los bienaventurados; á lo menos imitémosles á nuestro modo, según lo sufre nuestra fragilidad, procurando estar siempre mirando, respetando y amando á Dios; de manera que así como Dios nuestro Señor nos crió para estar eternamente delante de él en el cielo, y gozarse; así quiso que tuviésemos acá en la tierra un retrato y ensayo de aquella bienaventuranza, andando siempre delante de él, mirándole y reverenciándole, aunque á oscuras.

*Videmus nunc per speculum in enigmate; tunc autem facie ad faciem.*

II ad Cor. XIII. Ahora miramos y vemos á Dios por la fe, como por espejo; después lo veremos descubiertamente y cara á cara. *Ista est meritum, illa premium:* Aquella vista clara, dice Esiquio, es el premio, y la gloria y bienaventuranza que esperamos; esta otra oscura es mérito por donde habemos de venir á alcanzar aquella; pero al fin en nuestro modo imitemos á los bien-

aventurados, procurando nunca perder á Dios de vista en las obras que hacemos. Así como los santos Ángeles que son enviados en nuestra ayuda para guardarnos y defendernos, de tal manera se ocupan en estos ministerios, que nunca pierden de vista á Dios, como dijo el ángel Rafael á Tobías: *Videbar quidem vobiscum manducare; sed ego cibo invisibili, et potu, qui ab hominibus videri non potest, utor,* Tob. XII: Parecía que estaba comiendo y bebiendo con vosotros; pero yo uso de otro manjar invisible, y de otra bebida que no puede ser vista de los hombres: estánse sustentando de Dios: *Semper vident faciem Patris mei, qui in caelis est.* Matth. XVIII. Así nosotros, aunque comamos y bebamos, tratemos y negociemos con los hombres, y parezca que nos ocupamos y entretenemos en eso, habemos de procurar que no sea ese nuestro manjar y entretenimiento, sino otro invisible que no ven los hombres; que es estar siempre mirando y amando á Dios, y haciendo su santísima voluntad.

Grande fue el ejercicio que los Santos y aquellos Patriarcas antiguos tuvieron de andar siempre en la presencia de Dios: *Providebam Dominum in conspectu meo semper; quoniam à dextris est mihi ne commovear.* Psalm. XV. No se contentaba el real Profeta con alabar á Dios siete veces al día, sino siempre procuraba tener á Dios presente: era tan continuo este ejercicio

en aquellos Santos, que era también su común lenguaje: *Vivit Dominus, in cujus conspectu sto.* III Reg. XVII; IV Reg. IV. Vive el Señor, en cuyo acatamiento estoy. Son grandes los bienes y provechos que se siguen de andar siempre delante de Dios, considerando que nos está mirando; y por eso lo procuraban tanto los Santos, porque basta esto para andar uno muy concertado y muy compuesto en todas sus obras. Sino decíme: ¿Qué siervo hay, que ante los ojos de su señor no ande muy justo? Ó ¿qué siervo hay tan atrevido, que en presencia de su señor no haga lo que le manda, ó se atreva á ofenderle en su cara? ¿Y qué ladrón hay que se atreva á hurtar, viendo que el juez le está mirando á las manos? Pues Dios nos está mirando, que es nuestro juez, y es todopoderoso, pues puede hacer que se abra la tierra, y trague el infierno al que le enojare, y lo ha hecho algunas veces; ¿quién se atreverá á enojarle? Y así decía san Agustín (1): Cuando, Señor, yo considero con atención que me estais mirando siempre, y velando sobre mí de noche y de día con tantos cuidados, como si en el cielo y en la tierra no tuviérais otra criatura que gobernar, sino á mí solo: cuando considero bien que todas mis obras, pensamientos y deseos están patentes y claros delante de tí, todo me lleno de temor y me cubro de ver-

(1) August. cap. 14 Soliloq.